

ACTO PRIMERO

El escenario, en negro, desierto, a excepción de unos pocos objetos. En primer término a la izquierda, una mesa y una silla metálicas, ésta última encajada en el lado derecho de la mesa. El aspecto de ambas es humilde. Sobre la mesa, una botella de vino tinto a medio empezar y un vaso. En el lateral derecho, una puerta. Junto a ella, en el foro, una ventana que irradiará distintos colores, sonidos y músicas. Por último, en el foro izquierdo, un calendario colgado de la pared con varios días tachados por sendas equis.

Es la hora azul y la ventana desprende esa luz turbadora e implacable del anochecer.

El piso entero está en penumbra. Tiene un aspecto lóbrego.

EMPIEZA LA ACCIÓN

La escena se encuentra sola. De la ventana surge “Avatar”¹ de Swans, cuyas campanadas repican cada vez con mayor fuerza, anunciando lo que está por venir. Alguien, a quien todavía no vemos, intenta abrir la puerta. Introduce la llave en la cerradura. Forcejea durante unos segundos sin llegar a abrirla, hasta que por fin lo consigue. Lo hace bruscamente. Es una MUJER de sesenta y cuatro años. Lleva pantalones de pana de un tono oscuro y un jersey verdoso. De la puerta sale la misma luz azulada que emana de la ventana. La MUJER entra en su piso muerta de miedo, como si le persiguiera un asesino o el mismísimo diablo. Su cara está desencajada a causa del pánico. Cierra la puerta. Mete las llaves en el bolsillo de su pantalón de

¹ Desde el comienzo, prolongándose hasta el minuto 04:42.

forma automática. Apoya la espalda y los brazos contra la puerta, intentando, inconscientemente, atrancarla con su propio cuerpo. Respira entrecortadamente. Se lleva la mano al pecho, tratando de frenar las punzadas que provienen de éste. Se apresura hacia la mesa. Aunque ha cerrado la puerta, la luz azulada se desliza por debajo, persiguiéndola. La MUJER aparta la silla con ímpetu. Se sienta en ella. Coloca las manos en sus pantorrillas y, acto seguido, encima de la mesa. Con las manos trémulas se sirve el vino, que acaba vertiéndose, en parte, sobre la mesa. Bebe con desasosiego. Vuelve a servirse y a ingerir angustiosamente el contenido. Se limpia la boca con la mano. Siente el calor del alcohol que le recorre el pecho y la conforta por unos instantes. Respira hondo. El vino no ha conseguido calmar su aflicción, sino que, por el contrario, la ha acrecentado. La música se apaga paulatinamente.

MUJER.- *(Con desesperación.)* Quiero irme a casa, tengo que irme a casa. *(Se lleva las manos a las sienes. Permanece en esa posición durante unos segundos. Intenta calmarse.)* Tranquila, ya estás a salvo. Todavía no estás en casa, pero ya falta menos. *(Se levanta.)* Pronto estaré en casa. *(Se lleva la mano al rostro.)* Esta ansiedad... me recorre el cuerpo a todas horas. No me deja respirar. Tengo un nudo en la garganta desde hace meses. Una cadena alrededor del cuello que me ahoga. *(Pausa.)* Soy un robot de día y un manojito de nervios por la noche. De madrugada, las pesadillas me atormentan y apenas consigo dormir un par de horas. Durante el día, en el trabajo, se vuelve insoportable. Siento que la ansiedad va a alcanzarme. Siento que me muero. Sin embargo, tengo que mantenerme firme. Y eso es lo peor de todo, porque quisiera gritar y deshacerme de una vez por todas de esta maldita angustia que me atenaza y no me deja vivir. Pero no puedo. No puedo hacerlo. No puedo permitirme caer. ¿Qué sería de mí si desfallezco precisamente ahora? Sería el fin. *(Breve pausa.)* Recuerdo la primera vez que sufrí un ataque. Fue en el trabajo. Me embargó sigilosamente, como un

depredador acechando a su presa. Ni siquiera me di cuenta de que se acercaba. La primera punzada me cogió desprevenida. *(Desconcertada.)* No sabía qué diantre era, ni a qué se debía. *(Breve pausa.)* No tardaron en asaltarme otras muchas. El depredador se metió por mis venas, por mis pulmones, hasta llegar a mi corazón. Y una vez allí, empezó a rasgarlo con violencia y absoluta impunidad. Yo sudaba, temblaba, apretaba mis dientes y me arañaba las manos. Tenía un miedo atroz a que mis compañeras se dieran cuenta. *(Asombrada.)* Nadie pareció percatarse de mi sufrimiento. Nadie. Ni una sola. *(Breve pausa.)* Cuando llegué a casa, la ansiedad se había desvanecido por completo, así, como por arte de magia. Me alegré tanto, que empecé a cantar. *(Ríe.)* E incluso a bailar. ¡Qué maravillosa es la ignorancia! *(Breve pausa.)* El depredador no tardó en volver a visitarme, cada vez con mayor frecuencia. *(Derrotada.)* Ahora siempre está presente. *(La MUJER se dirige a la mesa. Coge la silla, la coloca justo delante de la mesa y se sitúa tras ella con las manos sobre el respaldo.)* He hecho lo que he podido para vencer esta angustia. Todo lo que estaba en mis manos. He intentado dominarla, pero ¿cómo...? *(Desesperada.)* ¿...cómo agarrar algo tan vago, algo que ni siquiera está aquí... todavía? ¿Qué más puedo hacer? *(Breve pausa. La MUJER se sienta de cara al público.)* Incluso acudí a... *(El escenario se oscurece pausadamente, hasta que la única luz que queda es un foco que ilumina a la MUJER abarcando desde su rostro a sus rodillas. La MUJER mira al frente, con las manos cruzadas en su regazo. Su mirada delata que se siente incómoda, a pesar de que intenta con empeño mostrar cara de póquer. Aparece la voz de la PSQUIATRA, seca y desalmada.)*

PSQUIATRA.- *(Su voz.)* ¿Ha notado los efectos positivos de la medicación?